

Jaime Sabines

Nunca vi en persona a Jaime Sabines pero si sabía de sus *árboles helados*, de su *tierra seca*, y de sus *peces fijos idénticos al agua*. Sabines escribe caminando, mirando y reinventando el mundo: transfigurando un ropero en una mujer, un espejo en la memoria, el jardín de las delicias en la sombra de la muerte, y el canto de los pájaros en gotas de aire caliente. Lo leo porque dentro de esa aparente sencillez se esconde una condición espiritual que es el punto de partida de un proceso metafórico de interiorización, donde pervive la búsqueda de una unidad entre el mundo exterior y la interioridad espiritual. Lo leo porque su poesía no es una cosa fría y acósmica, en cambio, a través de la lectura detenida redescubro la plurisignificación de su poética cristalina, es decir, una poética de excepcional claridad que se engarza con la concisión de la palabra, no con un facilismo rebuscado sino con la proporcionalidad transparente del cuarzo o el *krystallos* de los griegos.

Leo a Sabines porque como Rimbaud *nunca perdió la costumbre infantil de sonrojarse*. Al mismo tiempo fue como la turquesa y el acero. Desde su silla de ruedas miró el mundo desde otra perspectiva: su escritura giró más por el sendero de Parménides que por el de Heráclito. El poeta de Chiapas no tenía una mirada triste, su cabello entrecano a los setenta, se ondulaba hacia el cielo buscando el júbilo de la humanidad a través de las lágrimas, y sus gafas fueron ese espejo visionario que transgredió el río que siempre cruzó varias veces. Y se rió del río y del habla. Leo al autor de *Horas* porque también me recuerda al prurito de lo humano en Vallejo, y al Baudelaire que buscaba la voluptuosidad en el mal. Sabines dice “canonicemos a las putas, oh puta amiga, redentora del mundo”. Como es sabido, desde la modernidad estética, algunos poetas se han rebelado contra las funciones normalizadoras de la tradición, y sobreviven de la experiencia de rebelarse contra todo lo que es normativo. Sabines, ahora en nuestra post-modernidad simbólica, continúa con esta visión transgresora y en otro contexto, la reinventa. Sabines es circular. El lo sabía: siempre volvía con su camisa blanca y sus bigotes poblados a repetir su *supongo* y su *recuerdo*, la

palabra que crecía con los niños mientras pasaba el viento entre los relojes de los muertos.

El cigarillo entre los dedos de la mano izquierda siempre humea, es la señal para poder curarnos de él en unos días. Y aquí, esta noche, entre velas y velámenes de luz, lo veo aunque nunca lo ví, pero esta vez ya no sentado en su silla de ruedas sino volando con el corazón lleno de diamantes. Leo a Sabines porque escribió *para cambiar la vida*, algo interminable pero no imposible. Michele Butor, al igual que Rimbaud escribieron para cambiar la vida, para aquel libro futuro que ahora tratamos de escribir los nuevos poetas. Sabines dijo alguna vez: *No escribo para la fama, ni para el prestigio, ni para los premios. Escribo para decir, para confesarme con mi amigo desconocido, para tender un puente de hombre a hombre.* Y ese puente es la degustación de su aliento, entrando a la biblioteca de su vida donde los volúmenes fermentan en su cava, y una lámpara descifra sus anotaciones.